

La Misericordia triunfa sobre la vergüenza

Por el Dr. Bryan Tatcher

Recientemente, un psicólogo me dijo que “la rigidez de la fe católica es la causa principal de vergüenza y de coacción psicológica entre sus miembros”, y este comentario me parece inquietante, incierto y por eso quise abordarlo. Le dije al terapeuta que dicho comentario no era acorde con la enseñanza de la Iglesia y tampoco estaba basado en la Escritura. Por ejemplo, en su Evangelio, San Lucas habla del hijo pródigo y provoca que el lector se identifique con Jesús, Quien es amable y amoroso con los pecadores, los pobres y los marginados.

Primero que nada, debemos hacer la distinción entre culpa y vergüenza. Uno siente culpa después de hacer una mala elección. La elección no fue la mejor, pero eso no hace mala a la persona. Cierta sensación de culpa es saludable si no se lleva al extremo. La vergüenza es como una piñata que cuelga sobre nuestra cabeza arengándonos y diciéndonos que hemos hecho una mala elección y que somos malos. Nos lleva a la desesperación, a la frustración y a profundizar nuestros problemas emocionales. Trae a la mente la diferencia entre San Pedro y Judas; ambos negaron a Nuestro Señor, pero uno pidió perdón y llegó a ser el primer Papa, mientras que el otro salió huyendo y se ahorcó.

¿Está Ud. teniendo problemas para perdonarse a sí mismo y aceptar la misericordia de Dios? Había una monja en el convento de Santa Faustina que dudaba que Nuestro Señor la hubiera perdonado por sus transgresiones pasadas. Santa Faustina escribió:

“La noche del último día en que iba a salir de Vilna, una hermana [231], de edad ya avanzada, me reveló el estado de su alma; me dijo que desde hacía ya un par de años sufría interiormente, que le parecía que todas las confesiones habían sido mal hechas y que tenía dudas de si Jesús le había perdonado. Le pregunté si había hablado de eso alguna vez al confesor. Me contestó que ya muchas veces (85) había hablado de eso al confesor y siempre los confesores me dicen que esté tranquila; sin embargo sufro mucho y nada me da alivio y siempre me parece que Dios no me ha perdonado. Le contesté: Obedezca, hermana, al confesor y esté completamente tranquila, porque seguramente es una tentación. No obstante, ella con lágrimas en los ojos, suplicó que le preguntara a Jesús si la había perdonado y si sus confesiones habían sido buenas o no. Le contesté enérgicamente: Pregunte usted misma, hermana, si no cree a los confesores. Pero ella me apretó de la mano y no quería dejarme hasta que le dijera que rogaría por ella y le relataría lo que Jesús me contestaría. Llorando amargamente no quería dejarme y me dijo: Yo sé, hermana, que Jesús le habla. Y sin poder liberarme de ella, porque me sujetaba las manos, le prometí (86) rezar por ella. Por la noche, durante la *Bendición*, oí en el alma estas palabras: **Dile que su desconfianza hiere más Mi Corazón que los pecados que cometió.** Cuando se lo dije, ella se puso a llorar como una niña y una gran alegría entró en su alma. Comprendí que Dios deseaba consolar esa alma por mi medio; por lo tanto, a pesar de que esto me costó mucho, cumplí el deseo del Señor (*Diario*, 628).

¿Siente Ud. que ha cometido tantos pecados que Dios jamás podría perdonarle? Nuestro Señor le dijo a Santa Faustina: **Yo estoy siempre dispuesto a perdonar** (*Diario*, 1488).

¿Piensa usted que ha cometido un pecado imperdonable? Jesús le dijo a Santa Faustina: ... **cuanto más grande es el pecador, tanto más grande es el derecho que tiene a Mi misericordia** (*Diario*, 723).

Así pues, simplemente acepte en su vida la misericordia infinita de Dios. Haga como la mujer que fue sorprendida en adulterio: “... "Mujer, ¿dónde están tus acusadores? ¿Nadie te ha condenado?" Ella le respondió: "Nadie, Señor". "Yo tampoco te condeno”, le dijo Jesús. “Vete, no peques más en adelante" (Jn 8,10-12)